

PROYECTO DE DECLARACION

La Honorable Cámara de Diputados de la Nación

DECLARA

Su más profundo reconocimiento y congratulación a María Corina Machado, líder de la oposición venezolana, por haber sido galardonada con el Premio Nobel de la Paz 2025, distinción que consagra su lucha pacífica, cívica y moral por la libertad, los derechos humanos y la restauración democrática en Venezuela.

Que este galardón constituye un acto de justicia histórica que trasciende las fronteras nacionales y encarna la esperanza de millones de latinoamericanos que creen en la supremacía del derecho sobre la fuerza, de la verdad sobre la mentira y de la dignidad humana sobre cualquier forma de opresión.

Que la República Argentina, fiel a su tradición democrática y a su compromiso con la libertad de los pueblos, expresa su más cálido homenaje a quien representa hoy la resistencia ética frente al autoritarismo y la afirmación de los valores universales de la democracia liberal en el siglo XXI.

Firmante: Gerardo Milman.

FUNDAMENTOS

Señor presidente:

El otorgamiento del Premio Nobel de la Paz 2025 a María Corina Machado no es solo un reconocimiento a una mujer; es el testimonio de una época. Es la reivindicación de una lucha de décadas en defensa de lo que hace verdaderamente humano al hombre político: su derecho a pensar, disentir y elegir sin miedo. Es también la condena moral más contundente al régimen que, bajo la máscara de la revolución, degradó a Venezuela a la condición de Estado fallido, donde el poder ya no gobierna, sino que oprime.

Desde los albores de la historia moderna, la libertad ha sido el nervio de toda civilización que aspira a perdurar. Las revoluciones liberales del siglo XVIII no fueron solo estallidos políticos, sino irrupciones filosóficas que transformaron la relación entre el individuo y el Estado. En esa tradición se inscribe la gesta de Machado: su lucha es una afirmación del principio según el cual el poder legítimo nace del consentimiento libre de los gobernados, no del sometimiento ni del miedo. Ella representa la vigencia contemporánea de esa antigua batalla moral que opone al ciudadano libre frente al súbdito resignado.

Cuando María Corina Machado fundó Súmate en 2002, comprendió que la democracia no se defiende con consignas sino con instituciones. Su desafío no fue solo político, sino epistemológico: demostrar que, en sociedades capturadas por el Estado, la verdad necesita métodos, conteo, evidencia, vigilancia ciudadana. Fue la primera en advertir que el despotismo moderno ya no necesita tanques: le basta con manipular las urnas, acallar a los medios y subordinar a los jueces. Por eso su militancia ha sido, ante todo, una pedagogía de la libertad: enseñar a un pueblo a desconfiar del paternalismo que promete igualdad a cambio de obediencia.

El régimen chavista, que en su génesis se presentó como redentor de los pobres, terminó siendo su principal verdugo. Como toda tiranía de origen plebiscitario, transformó la esperanza en control, el discurso social en mecanismo de sumisión y la justicia en un instrumento de persecución. Lo que comenzó como una promesa de inclusión devino en un laboratorio del autoritarismo posmoderno, donde el hambre y la propaganda conviven como armas políticas. Allí, en esa oscuridad, emergió la figura de María Corina Machado, no como heroína romántica sino como arquitecta racional de la resistencia civil.

En un continente que tantas veces confunde el caudillismo con la grandeza, Machado reintroduce la política de principios. Su liderazgo no se funda en el cálculo de los votos sino en la coherencia de sus convicciones. Ha renunciado a cargos, ha enfrentado la difamación, la proscripción, la clandestinidad y la amenaza física sin claudicar en su método: la acción cívica, la palabra pública, el valor personal. En una era donde el cinismo suele disfrazarse de realismo político, su figura devuelve a la política su dimensión ética: la de quien asume que el poder sin verdad no es poder, sino corrupción.

Su lucha por la libertad en Venezuela no puede comprenderse al margen de la historia de América Latina. Desde el siglo XIX, nuestros pueblos han oscilado entre el impulso emancipador y la recaída autoritaria. Bolívar soñó con repúblicas de ciudadanos, no de súbditos, pero el militarismo y el populismo deformaron su legado. En el siglo XX, el continente conoció el ciclo de dictaduras militares, luego la ilusión democrática de las transiciones, y finalmente la irrupción de los populismos del siglo XXI, que, bajo ropajes electorales, reinstalaron las viejas formas de control total. En ese contexto, Venezuela fue el laboratorio más acabado de un modelo híbrido: un régimen electoral sin democracia, una legalidad sin justicia, un Estado que usa el sufragio como coartada para perpetuar su dominio.

Frente a esa arquitectura de poder, María Corina Machado construyó una arquitectura moral. Su resistencia no fue de barricada sino de conciencia. En sus palabras y en su conducta, resuena la convicción liberal de que la libertad no se mendiga, se ejerce. En cada elección amañada, en cada proscripción, en cada agresión, eligió permanecer. Esa permanencia —en un país donde el exilio se volvió refugio— tiene un valor político incalculable. Como toda gran líder moral, eligió la dificultad antes que la comodidad, la verdad antes que la supervivencia. En eso radica la fuerza de su ejemplo: en la negación del cinismo, en la obstinación de creer que la justicia aún puede prevalecer.

El Comité Noruego lo ha expresado con claridad: "María Corina Machado ha demostrado que las herramientas de la democracia también son herramientas de la paz." Esa frase encierra una verdad política profunda. La paz no se construye sobre la resignación, sino sobre la resistencia cívica. La democracia es el único régimen que permite tramitar los conflictos sin aniquilar al adversario. Quien lucha por elecciones libres en un país donde el voto se ha transformado en un simulacro, está haciendo política de paz en el sentido más alto: está apostando a la razón en lugar de la violencia. Por eso, este Nobel no es solo suyo; es de todos los que creen que la paz no es el silencio de los sepulcros, sino el ruido noble de los pueblos que deliberan.

María Corina Machado representa, además, el renacimiento de una idea de mujer política distinta a la que el populismo degradó. Frente al matriarcado ficticio de las dirigentes que justificaron el autoritarismo en nombre de la "protección de los humildes", ella encarna una femineidad liberal: la de la mujer autónoma, racional, austera, que se planta ante el poder sin victimismo ni resentimiento. Su liderazgo no se funda en el género, sino en el carácter. En un tiempo donde el discurso igualitarista se pervirtió en dogma ideológico, ella recupera el sentido original del feminismo republicano: el derecho a ser libre, no a ser tutelada.

Desde una perspectiva politológica, el caso venezolano y la figura de Machado son una advertencia teórica sobre los límites de la democracia formal. Los regímenes híbridos, como los describe Levitsky, combinan elecciones con represión, parlamentos con censura, jueces con subordinación. En ellos, la ciudadanía queda atrapada en un laberinto legalista donde cada derecho es, en realidad, una concesión reversible. María Corina Machado comprendió esa lógica mejor que nadie: por eso su lucha no apunta solo a la alternancia, sino a la restauración del contrato social roto. En su discurso hay una pedagogía institucional: reconstruir la confianza en las reglas, el mérito, la verdad. No hay democracia posible sin ética cívica, sin responsabilidad individual, sin la noción de que la libertad requiere límites y la justicia, independencia.

Su clandestinidad actual —como la de tantos disidentes históricos— no la reduce, la agiganta. En el siglo XX, figuras como Havel, Walesa o Sakharov enseñaron que el poder moral puede derrotar al poder material. Hoy, en el siglo XXI, esa antorcha se enciende de nuevo en Caracas. En una época de democracias fatigadas, de relativismo moral y de discursos autorreferenciales, su voz introduce un lenguaje de convicciones: no hay paz sin justicia, no hay justicia sin verdad, y no hay verdad sin libertad. Su coherencia, en tiempos donde la política se mide por encuestas y conveniencias, es un recordatorio de que la grandeza pública nace de la integridad privada.

El Premio Nobel de la Paz 2025 es, entonces, una consagración y una advertencia. Una consagración para quien ha resistido veinte años de persecución sin recurrir al odio ni a la violencia; una advertencia para el mundo libre, que muchas veces ha preferido la comodidad diplomática a la defensa de los principios. El reconocimiento a Machado interpela a los gobiernos democráticos de América Latina: no se puede proclamar la libertad en casa y tolerar la dictadura en el vecino. La neutralidad frente al crimen no es prudencia, es complicidad. Y la indiferencia ante la tiranía no es equilibrio, es cobardía moral.

Para la Argentina, esta declaración es también un espejo. Nuestro país supo ser refugio de perseguidos y cuna de ideales republicanos. En nombre de esa tradición, esta Cámara tiene el deber de pronunciarse. La causa venezolana no es una cuestión ajena: es un capítulo de la misma batalla civilizatoria que libra Occidente entre el ciudadano y el Estado absoluto, entre la verdad y la propaganda, entre la razón y la obediencia. Defender a María Corina Machado es defender el derecho de cada argentino a vivir bajo un gobierno limitado por la ley, respetuoso de la palabra y de la crítica.

La libertad —como enseñó Hayek— no se defiende por sus ventajas, sino por su dignidad. Y la dignidad se mide en los actos concretos de quienes prefieren la intemperie de la verdad al abrigo de la mentira. En ese sentido, María Corina Machado es una lección viva de que el liberalismo no es un dogma económico sino una ética del carácter. Su voz, solitaria pero firme, le recuerda a los pueblos que la república no se hereda: se construye cada día, con el riesgo y el sacrificio que implica elegir ser libre.

Su ejemplo trasciende el Caribe y alcanza a toda América Latina, porque en su coraje se condensa una advertencia histórica: las naciones no mueren por invasión externa, sino por corrupción interna; no por falta de recursos, sino por exceso de servidumbre. La lucha de Machado es, en última instancia, una invitación a volver a creer en la política como instrumento moral de transformación, no como maquinaria de poder.

Este Congreso, al rendirle homenaje, no solo celebra un premio; afirma una identidad. Reivindica el derecho de los pueblos a resistir el despotismo, el deber de los representantes a levantar la voz cuando la injusticia se vuelve costumbre, y la obligación de la democracia de defender a sus propios defensores. Porque, como escribió Albert Camus, "cada generación, sin duda, se siente destinada a rehacer el mundo; la mía sabe, sin embargo, que no lo hará. Pero su tarea es quizá más grande: impedir que el mundo se deshaga."

María Corina Machado cumple hoy esa tarea: impedir que el mundo — y con él, nuestra América Latina— se deshaga en las sombras del miedo y el silencio.

Por todo ello, esta Honorable Cámara declara su reconocimiento y admiración a quien, desde la clandestinidad, nos recuerda que la libertad no se promete, se ejerce; que la democracia no se declama, se construye; y que la paz verdadera no se firma, se conquista con el valor de decir “no” cuando todos callan.

Por todo lo expuesto, y en reconocimiento a una mujer que encarna el valor, la coherencia y la esperanza de toda una región que aún lucha por liberarse del yugo autoritario, solicitamos a las señoras y señores diputados el acompañamiento del presente proyecto de declaración, como expresión de compromiso con la libertad, la democracia y la dignidad humana que María Corina Machado simboliza ante el mundo.

Firmante: Gerardo Milman.